



SCHÖNERTH, Franz Xaver von: *La princesa de las remolachas y otros cuentos populares inéditos*. Edición de Erika Eichenseer. Introducción y traducción de Isabel Hernández. Alba, Barcelona. 2018. pp. 270.

Todo tesoro literario, todo hallazgo que entrañe gran valor cultural y filológico, sufre un período de letargo durante el que, como si fuera presa de un extraño encantamiento o maldición, permanece secreto, oculto y olvidado. En el caso de los cuentos populares recopilados por Franz Xaver von Schönwerth (1811-1886) la maldición del poco éxito cosechado con la publicación de *Leyendas y sagas del Alto Palatinado (Aus der Oberpfalz: Sitten und Sagen)* en 1857, 1858 y 1859, y en las que tendría que haberse incluido el resto de la recopilación de Schönwerth, inédita hasta entonces pese a su mención, hizo que el letargo se prolongara más de siglo y medio. Como si del final de un cuento popular se tratara, como explica Isabel Hernández en su magnífica introducción, la folclorista Erika Eichenseer anunció en el año 2009 que había descubierto en treinta cajas de los archivos municipales de la ciudad de Ratisbona más de quinientos cuentos inéditos recopilados por Schönwerth.

Isabel Hernández, en su breve e interesantísimo estudio preliminar, aclara a los lectores el origen del interés de Schönwerth en la recopilación del testimonio de la literatura popular en la búsqueda de un espíritu popular que diera lugar a una identidad de nación y de su metodología a la hora de llevarla a cabo. Fueron definitivas, en este sentido, las ideas del filósofo J.G. Herder (1744-1803), así como la influencia del que fuera profesor de Schönwerth, Joseph Görres (1776-1848), con la publicación de *Los libros populares alemanes (Die deutschen Volksbücher, 1807)* y la inspiración que encontró en la obra de los hermanos Grimm *Mitología Alemana (Deutsche Mythologie, 1835)* para llevar a cabo una minuciosa tarea de recopilación y trabajo de campo. Se citan en la introducción las palabras del propio Schönwerth acerca de la dificultad de conseguir que los campesinos y lugareños le contaran los cuentos que él buscaba y de su intención de presentarlos exentos de adornos y adaptaciones al lector; readaptaciones que sí sufrió la celeberrima colección de los cuentos de los Grimm por parte de Wilhelm y cuyo trabajo de campo se redujo en muchas ocasiones, como avisa Isabel Hernández en la página 14, a «recibir una buena parte de su material de mujeres de su entorno social». Podría decirse, sin miedo a incurrir en el error, que Schönwerth fue más Grimm que los hermanos Grimm y que puso en práctica los postulados de Jakob (1785-1863) y de Wilhelm (1786-1859) con más rigor que los autores que los habían propuesto. La crudeza de las historias que relatan los cuentos de *La princesa de las remolachas y otros cuentos populares inéditos*, la marcada oralidad e, incluso, la incongruencia que pueden llegar a contener en pos del entretenimiento, aportan un tremendo valor antropológico a la manera de entender y explicar el mundo desde la óptica del acervo popular bávaro acumulado hasta el siglo XIX, tanto o mayor que filológico o literario.

La editora Erika Eichenseer ha dispuesto esta primera selección de setenta y tres cuentos, de los quinientos que cita en su hallazgo, en seis categorías que se agrupan en *Cuentos de amor y magia*, *Cuentos de animales*, *Cuentos de criaturas del bosque*, *Leyendas religiosas*, *Farsas* y *Cuentos de la naturaleza*. Quizá sea esta sucesión temática tan marcada por la decisión de la editora Erika Eichenseer el único aspecto que enmarañe el placer de la lectura de tan magnífica recopilación, pues, en ocasiones, la concatenación de cuentos tan sucintos de una misma temática incurre en la reiteración. Se adjunta a la recopilación de los cuentos una introducción de la editora en la que se relata la alegre peripecia del hallazgo y un estudio filológico de Nicola Schäffler en el que se dan a conocer las fuentes de cada cuento y de las ediciones de Schönwerth hasta la fecha, lo que hace que la edición resulte muy atractiva al filólogo o al especialista interesado en indagar más en la figura de Schönwerth y que, por otra parte, considero un acierto haber incluido.

Traducir una recopilación de cuentos populares, pese a lo que pueda creerse de antemano, es una de las tareas más complejas a las que puede enfrentarse un traductor, ya que requiere de una capacidad camaleónica para adoptar y adaptar culturalmente el estilo de obras anónimas a la propia lengua, que puede ir desde un marcado registro popular hasta el poético; además de exigir un profundo conocimiento de la cultura de origen, de su idiosincrasia, de sus costumbres, de sus regionalismos, de sus monedas, de sus objetos, de sus profesiones, de su botánica, de sus fórmulas narrativas, del carácter burlesco o elegíaco de sus estrofas rimadas, incluso, de sus insectos, de sus criaturas mitológicas, de sus dioses particulares, etcétera. Cada cuento es un microcosmos en sí mismo, un texto cuya frontera es su propio fin, un texto que exige del traductor la habilidad de ser capaz de volver a empezar cada dos o tres páginas con su tarea, con apenas tiempo para terminar de encontrar el estilo, común en apariencia y, sin embargo, distinto cada vez, distinto en cada cuento.

Todo ello se ha tenido en cuenta por parte de Isabel Hernández a la hora de tomar decisiones traductológicas, si se permite el neologismo. Se aprecia en el trabajo de la traductora una intención de adaptación cultural integérrima: desde la selección del registro del léxico, que va de palabras de un registro más exigente con el lector como «chambelán», «alazán», «artesa» o «grupa», hasta escuchar decir a un personaje «cacho tonto». Sorprende, asimismo, el rigor narrativo en aspectos que pudieran pasar inadvertidos para el lector, como el uso de la preposición «a» para designar la entidad de personaje de cuento de un escarabajo parlante. Por ejemplo, en la página 142 puede leerse: «Bárbara se resbaló y estuvo a punto de pisar a un bichito, un escarabajo pelotero». La traductora parece estar siempre atenta a la comprensión del lector de destino, prueba de ello es el detalle de traducir el nombre de las mascotas para su comprensión, como por ejemplo en el caso del nombre del gato y el perro, *Tuerto* y *Celemín*, en el cuento de *El cura enfadado*, o la intención que subyace tras la elección de la traducción del título de ciertos cuentos como «Pulgarcico», a fin de demostrar al lector que se encuentra ante una nueva versión del cuento que ya conoce o que podría conocer. Las fórmulas narrativas de comienzo o de cierre, presentes en ciertos cuentos, se han adaptado también a la cultura de destino, aunque siempre se ha respetado la cultura de origen, como en el caso de la fórmula «y, si no han muerto, seguro que hoy siguen viviendo muy dichosos».

Mención aparte merece, además, la belleza del diseño editorial del libro. Supone encontrarse ante un objeto hermoso que incita a la lectura. Si como dijo Borges, «el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación», el trabajo de la editorial

Alba está a la altura del tesoro popular que contienen sus páginas y es una extensión de la memoria y de la imaginación del Alto Palatinado bávaro, a la que Schönwerth puso oído. Oído y, que tampoco se olvide, humildad para renunciar al embellecimiento que no fueron capaz de abandonar otros puños y otras letras románticas en sus recopilaciones de cuentos. Un verdadero tesoro, setenta y tres diamantes en bruto, al que sus contemporáneos no hicieron justicia y de cuyo letargo rescató en 2009 Erika Eichenseer y que la traductora Isabel Hernández ha traído a las enormes y amplísimas fronteras del reino de nuestra lengua española.

Fernando J. PALACIOS LÉON